

NEW LEFT REVIEW 105

SEGUNDA ÉPOCA

JULIO - AGOSTO 2017

EDITORIAL

PERRY ANDERSON La primavera francesa 7

ARTÍCULOS

JULIAN STALLABRASS Sobre las fotografías icónicas de la guerra 33

TOM HAZELDINE La revuelta de las áreas industriales deprimidas 57

PATRICIA MCMANUS De Huxley a Eggers 89

OWEN HATHERLEY Las capitales de Therborn 117

CRÍTICA

FRANCIS MULHERN Extravagantemente: ¿un tribuno *tory*? 145

ALICE BAMFORD Desafiantemente: una liberal en la Guerra Fría 154

TOM BARKER Tranquilamente: neoprogresista 165

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO
25M
DEMOCRACIA

ts
d traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

Amanda Anderson, *Bleak Liberalism*,
Chicago, University of Chicago Press, 2016, 192 pp.

ALICE BAMFORD

EN LA ESTELA DE TRILLING

El término «victoriano», aunque hace tiempo que ha perdido el sentido tan peyorativo que tuvo en los libros de Lytton Strachey y de otros miembros del grupo de Bloomsbury, tampoco suele ser incontestablemente elogioso. En el mejor de los casos evoca una serie de energías y virtudes sin duda valiosas, pero restrictivas y convencionales, conservadoras en lo político como en lo cultural. Amanda Anderson, una crítica literaria que en la actualidad enseña en la Universidad de Brown, se ha ganado una reputación al tratar con solvencia de dar la vuelta a estas asociaciones. En su primer libro, *The Powers of Distance: Cosmopolitanism and the Cultivation of Detachment* (2001), se propuso demostrar que, lejos de ser provincianos o irreflexivos, los principales escritores victorianos –Charlotte Brontë, Dickens, Arnold o Eliot– ejemplificaron los valores de la Ilustración crítica tal y como la concibió Kant y la actualizó Habermas, desnaturalizando, más que reproduciendo, las normas y las convenciones al uso. En un ensayo inmediatamente posterior, «Victorian Studies and the Two Modernities» (2005), se centra en aquellos que querían reducir este «logro continuado de la conciencia» a la emergencia de una modernidad meramente burguesa (Raymond Williams sería aquí un objetivo fuera de lugar), o que contraponen (Foucault) la modernidad estética del individuo hecho a sí mismo en Baudelaire o Nietzsche al ideal de autonomía filosófico-política de Kant. La cultura victoriana incluyó ambas nociones, tal y como lo ilustraron figuras como Wilde. *The Way We Argue Now: A Study in the Cultures of Theory* (2006) volvía a hacer una

defensa habermasiana del «proyecto de la Ilustración» contra los ataques posestructuralistas y los cuestionamientos provenientes de las políticas de la identidad. Al reivindicar con éxito la idea de una cultura robusta y rigurosa de la discusión racional, este estudio le valió a Anderson su reputación, consolidando sus actos tempranos de rebelión contra el paradigma disciplinario foucaultiano en el campo de los estudios victorianos.

En su nuevo libro, *Bleak Liberalism*, Anderson amplía su campo de visión, desde lo procedimental hasta las cuestiones más directamente políticas, proponiéndose en esta ocasión rescatar el liberalismo de sus difamadores académicos, quienes, según ella, lo han distorsionado de dos maneras. En primer lugar, porque han establecido una equivalencia entre liberalismo y neoliberalismo, tratando al primero como una suerte de ingenuo optimismo histórico, que «legitimaría, en lugar de lamentar, la modernidad capitalista», al ignorar «las desigualdades estructurales del sistema capitalista, esto es, las condiciones de poder que animan el campo social». Foucault y Agamben son en este punto los principales inculpados. En segundo lugar, porque han descrito el liberalismo como algo de apariencia esencialmente insensibilizadora, incapaz de responder a las categorías y valores –lo tenso, lo trágico, lo sublime– que constituyen el dominio propio del arte. John Rawls, en particular, con sus solemnes edificios teóricos, sus serenas cadencias disciplinares y su «teoría *escueta* [*thin*] *del bien*», ofrece en este punto, desafortunadamente, munición a los críticos. Para Anderson, se trata en ambos casos de escamoteos o encubrimientos. Para refutar la primera distorsión, invoca una línea de pensadores liberales que, o bien fueron críticos de las desigualdades sociales –Mill, Hobhouse, Dewey–, o bien, lejos de ser optimistas despreocupados, fueron agudamente conscientes de las penalidades y limitaciones del progreso humano, que afrontaron con un realismo moral escarmentado y, en este sentido, sus prolíficas indagaciones han de ser sin duda recuperadas–. En este punto, la lista de Anderson incluye a Lionel Trilling, Arthur Schlesinger Jr., Daniel Bell, Reinhold Niebuhr, Albert Camus, Raymond Aron e Isaiah Berlin. Para refutar la segunda acusación, Anderson invoca a una serie de novelistas liberales –Dickens, Gaskell, Trollope, Eliot–, cuyas narrativas conforman un equivalente estético y cuyos sucesores se mostraron más que capaces de dominar el giro de la modernidad, que supuestamente subvertía las premisas del carácter individual, que operaba en las tradiciones realistas más tempranas, asociadas con el liberalismo decimonónico (Ralph Ellison, Doris Lessing).

En un contexto comparativo, *Bleak Liberalism* podría a primera vista integrarse en el grupo de las rehabilitaciones del liberalismo provenientes de otros tiempos y otros lugares: de Francia, por ejemplo, con *Le moment Guizot* (1985) [*El momento Guizot*, Buenos Aires, 2015], de Pierre Rosanvallon, o con los ensayos de Marcel Gauchet sobre Constant y Tocqueville, del mismo periodo.

Estas, sin embargo, eran recuperaciones de pensadores políticos largo tiempo marginados en una cultura refractaria a la noción misma de liberalismo, mientras que en la esfera anglosajona, por el contrario, el liberalismo ha disfrutado de un predominio prolongado en el pensamiento político, predominio que hoy sigue siendo tan arrollador como en cualquier momento del pasado. Esto hace que, en el mundo angloparlante, pueda parecer superfluo efectuar otra defensa categórica u otra ilustración del liberalismo. A ojos de Anderson, sin embargo, su propia disciplina de estudios literarios ha resultado ser peculiarmente alérgica al liberalismo, mostrando, antes bien, una propensión a adoptar conceptos «antiliberales», como es el caso del biopoder de Foucault. Esta aversión, en su opinión, se ha basado en una falsa oposición entre los valores normativos y procedimentales del liberalismo, por un lado, y los valores estéticos –como la ironía, la tragedia, la complejidad o la dificultad–, con los que la disciplina está profundamente comprometida, por otro. El remedio que ella propone consta de dos partes. Contra la caricatura que presenta el liberalismo como una teoría «parca», «abstracta», «ingenuamente optimista» e insuficientemente «realista», Anderson se propone revelar el auténtico carácter del pensamiento liberal, marcado por un «despliegue “denso” y complejo de posturas y actitudes, disposiciones afectivas y objetivos políticos». Una vez que ha sido adecuadamente reconstruido, aparece una estética liberal más rica y sutil, que revela nuevos trazos y sombras en la historia de la novela.

Bleak Liberalism se abre con un escrito de justificación, donde establece el método historiográfico del libro y su concepto organizativo: Anderson aísla un momento particular del pensamiento liberal –la «desolada» [*bleak*] mirada de algunos de sus protagonistas más destacados durante la Guerra Fría– y hace de este momento la lente a través de la cual el liberalismo y su historia pueden ser reconsiderados, recuperados y, en definitiva, rescatados para la literatura. Los liberales de la Guerra Fría, según esta lectura, compartían un ánimo político discernible por su pesimismo histórico, su «escarmentado racionalismo» y su agudo sentido de los límites de las posibilidades individuales, sociales y políticas. En su escritura se mezclaba un «*ethos* trágico» con la «política pragmática» para dar lugar a un conjunto de obras –un canon en el que se cuentan libros como *The Vital Center* (1949) [*La política de la libertad. El centro vital*, Barcelona, 1972] de Arthur M. Schlesinger, *The Liberal Imagination* (1950) [*La imaginación liberal*, Buenos Aires, 1956] de Lionel Trilling y *The Irony of American History* (1952) [*La ironía de la historia americana*, Madrid, 1958] de Reinhold Niebuhr–, donde «el compromiso político se encuentra de alguna forma profundizado por la posición existencial subyacente».

La invocación de un clima de ansiedad y miedo es un recurso frecuente en las historias sobre el estadounidense medio escritas en las décadas de 1930 y 1940, desde el «contagio del miedo» y la «niebla de la desesperación», de Schlesinger, hasta obras más recientes, tales como *Fear Itself: The*

New Deal and the Origins of Our Time (2013), de Ira Katznelson. La escena que abre el primer volumen de *The Age of Roosevelt* (1957) [*La era de Roosevelt*, México DF, 1968] de Schlesinger muestra esta patética falacia liberal en pleno funcionamiento. La acción transcurre en Washington en 1933, en la mañana de la toma de posesión del presidente Roosevelt: «El sábado, 4 de marzo, amaneció deprimente y gris». Pero el amanecer era el de una nueva era en la historia de Estados Unidos:

La época de Franklin Roosevelt es una tabula rasa en la historia de Estados Unidos, la gran línea divisoria en la vida de la nación, entre la inocencia y la responsabilidad. Durante sus años de mandato, Estados Unidos emergió de la simplicidad del siglo XIX, experimentó la guerra mundial, la depresión y de nuevo la guerra mundial, y comenzó a soportar tanto la grandeza como la culpa del poder internacional.

El liberalismo de la Guerra Fría fue un fenómeno que nació dos veces. «La degeneración de la Unión Soviética», según escribía Schlesinger en *The Vital Center*, junto con la emergencia del fascismo, «recordó a mi generación, de forma bastante convincente, que el hombre era, de hecho, imperfecto, y que la corrupción del poder podía desencadenar grandes males en el mundo. Descubrimos una nueva dimensión de la experiencia: la dimensión de la ansiedad, la culpa y la corrupción». En Reinhold Niebuhr, la teología de la determinación consciente de sí misma ante el mal, al igual que el pesimismo «moderado» de Schlesinger, se presentaba como la lección que nos enseñaba un siglo didáctico a fuerza de catastrófico, justo cuando el liberalismo de posguerra estadounidense se enfrentaba al comunismo:

Nuestra moderna cultura liberal, de la que la civilización estadounidense es un ejemplar tan puro, tiene que ver con muchas refutaciones paradójicas de sus pretensiones originales de virtud, sabiduría y poder. En la medida en que el comunismo ya ha elaborado algunas de estas pretensiones hasta convertirlas en odiosas formas de tiranía, nos vemos inmersos en la doble paradoja de tener que confrontar males que fueron destilados a partir de ilusiones que, en términos generales, no eran diferentes de las nuestras.

El carácter sombrío, desolado, de este liberalismo de la Guerra Fría es para Anderson la expresión más elevada de una tensión filosófica que podemos hallar en el liberalismo a lo largo de su historia, que se retrotrae a la obra de Constant, Mill o Tocqueville en el siglo XIX, y que lo exonera de cualquier sospecha de optimismo individualista superficial. Además, según argumenta Anderson, las doctrinas neoliberales contemporáneas son «completamente distintas de, e incompatibles con, las largas tradiciones del liberalismo político y la socialdemocracia, que desafiaron las estrechas formas del liberalismo económico clásico, del tipo asociado a John Locke y Adam Smith».

Sin embargo, la tesis de Anderson, aunque haga una defensa ostensible del «liberalismo político», descansa sobre una abstracción casi completa de la política como tal. A pesar del papel fundamental que juega su pensamiento en su relato, las trayectorias de los liberales de la Guerra Fría que Anderson escoge nunca son examinadas. El clérigo Niebuhr vio con buenos ojos la aniquilación atómica de Hiroshima y Nagasaki, aplaudió el desarrollo de la bomba de hidrógeno y abogó por la limpieza étnica de Palestina. Schlesinger mostró su connivencia con (y mintió sobre) la invasión estadounidense de Cuba, apoyó las guerras de Kennedy en Indochina y aconsejó a los estadounidenses, durante la presidencia de Johnson, que «tenemos que mantener nuestras posiciones en Vietnam», e incluso le dijo al secretario de Defensa Robert McNamara, arquitecto de la escalada bélica bajo ambos presidentes: «Usted ha sido uno de los más grandes servidores públicos de la historia de Estados Unidos y su salida del gobierno es una pérdida incalculable para esta nación». Aron nunca se pronunció en contra de la ocupación francesa de Indochina, ni de la tortura en Argelia; Camus no solo se negó a condenar la guerra de Francia en Argelia, sino que apoyó la expedición de Suez contra Egipto. Berlin conspiró para que Isaac Deutscher fuera expulsado de su puesto en la Academia Británica. Estos detalles del pasado, sin embargo, son demasiado mundanos como para merecer una referencia en el nebuloso plano en que *Bleak Liberalism* trata la historia de las ideas.

De hecho, aunque la época en que se escribió el libro debió coincidir con los años de la presidencia de Obama, el presidente cuadragésimo cuarto no es mencionado ni una sola vez en *Bleak Liberalism*, y los argumentos del libro se desarrollan en un nivel paracósmico de debate académico, que guarda muy poca relación con un lugar o un tiempo político determinados. Las críticas políticas contemporáneas del liberalismo (ya sea de la sociedad liberal o de la política exterior liberal) encuentran poca cabida en el relato de Anderson y, cuando aparecen, vienen envueltas en eufemismos y paréntesis: «En fechas más recientes, la crítica de la modernidad liberal se ha centrado en el procedimentalismo y en la política estatal, en parte en respuesta al periodo subsiguiente al 11S (en concreto, la derogación de las libertades civiles en la “guerra contra el terror” y la expansión del poder ejecutivo)». Atrapado en su abstracto no-lugar, el libro de Anderson no llega a atender algunas de las críticas más obvias e incisivas, ni a reconocer la medida en que el daño a la reputación del liberalismo ha sido autoinfligido. *Liberalism and Empire* (1999) de Uday Singh Mehta lee de forma sintomática análogas negaciones de lugar en la teoría política liberal del siglo XIX, que vendrían a ser el producto de los principios universalistas y de las estructuras de poder coloniales del liberalismo decimonónico. Las obras discursivas y de ficción discutidas en *Bleak Liberalism* fueron casi en su totalidad productos culturales de los dos centros imperiales hegemónicos de la historia moderna, los

Estados Unidos posteriores a la Segunda Guerra Mundial y la Gran Bretaña de mediados del siglo XIX, si bien la cuestión del Imperio no se trata en ningún momento. De esta forma, no puede haber consideración alguna de un tema tan obvio como es la medida en que la retórica de la autorreflexión, de la tragedia, de la ironía y del sentido solemne de la responsabilidad moral –que constituye lo desolado y lo sombrío del estilo de liberalismo que la autora escoge– funcionó como una coartada que respaldaba lo que se hizo en su nombre.

Asimismo, desde el punto de vista analítico, tampoco se plantea discusión alguna con respecto a la propia Guerra Fría, un término que se convierte en un significativo vacío, al que no se dedica ni la más mínima reflexión. Con todo, ¿por qué iba el asediado liberalismo de la lucha anticomunista a convertirse en la norma mucho tiempo después de que su adversario hubiera desaparecido? ¿Qué tipo de desplazamiento lo ha hecho de nuevo tan oportuno? La respuesta solo puede ser que tal cosa sirve al doble propósito del libro. Por un lado, de acuerdo con la teoría del significado por contraste [*contrast theory of meaning*], se ofrece una extenuante versión del verdadero liberalismo político en tanto que antónimo que define, a *sensu contrario*, un neoliberalismo económico repudiado. El hecho de que el liberalismo de la Guerra Fría y el neoliberalismo fueran histórica e ideológicamente continuos el uno del otro, y que se solaparan entre sí durante los gobiernos de Thatcher y Reagan –en una fusión que podría estar preparada y a punto para un *revival* a día de hoy– es un detalle demasiado pequeño como para que pueda resolverse a la altura brumosa y alpina a la que el libro se sitúa. Por otro lado, este anclaje histórico ofrece el puente requerido entre las preocupaciones de índole filosófico-política y las estéticas, que ocupan la segunda mitad del libro de Anderson. Esta transición queda asegurada por el que se convertiría, de hecho, en el vehículo central del liberalismo de la Guerra Fría, *The Liberal Imagination* de Lionel Trilling, del que *Bleak Liberalism* es un descendiente, tanto por su forma como por su ambición.

Publicado por primera vez en 1950, *The Liberal Imagination* recogía ensayos escritos durante la década de 1940 bajo el amplio enunciado temático de «liberalismo y literatura». El prefacio de Trilling, firmado y fechado en «Nueva York, diciembre de 1949», transmitía los contornos del paisaje político del libro: «En este momento en Estados Unidos –escribió–, el liberalismo no es solo la tradición intelectual dominante, sino incluso la única tradición intelectual». En semejante cultura hegemónica: «La tarea de la crítica se diría que es, entonces, recordarle al liberalismo su primigenia imaginación esencial, su variedad y sus posibilidades, lo que implica la conciencia de la complejidad y de la dificultad». *Bleak Liberalism*, al igual que *The Liberal Imagination*, elude las dificultades de definición que afectan a cualquier discusión sobre el liberalismo, desplegando en su lugar un modo

poético de declinación indirecta: así, en el paisaje cultural y literario que se va desplegando en los dos libros, los términos «liberal» y «liberalismo» van acumulando, con cada mención, diversas asociaciones, alusiones y resonancias afectivas. Opacidades y desfases extraños en la obra de Anderson requieren a veces referencias a la de Trilling, ya sea porque son reproducidas en *The Liberal Imagination*, o bien porque los argumentos de la una son heredados en forma de conocimiento tácito o de presuposiciones soterradas en la otra. Hay que destacar que en *Bleak Liberalism*, la novela es la única forma literaria que se contempla. Anderson nunca explica directamente por qué se centra exclusivamente en ella, como tampoco la primacía que tiene en su relato la novela realista decimonónica. El lector de *Bleak Liberalism* debe acudir a «Manners, Morals and the Novel», de Trilling, en busca de una explicación y una justificación de las silenciosas premisas que aquí operan. Trilling sentía que la «liberalidad social», en tanto que fuerza política, contenía riesgos inherentes de los que la novela podía mantener a resguardo. «Alguna paradoja de nuestras naturalezas nos lleva a que, cuando hemos convertido a nuestros semejantes en el objeto de nuestro interés ilustrado, pasemos a continuación a hacer de ellos el objeto de nuestra piedad, luego de nuestra sabiduría y, en último término, de nuestra coerción», escribió. Para prevenir esta corrupción, «paradójica y trágica», precisamos del «realismo moral»; este a su vez no puede darse sin «la imaginación moral», para la cual, al parecer, necesitamos la novela:

Para nuestro tiempo, el agente más eficaz de imaginación moral ha sido la novela de los últimos doscientos años. Nunca fue, ni en términos estéticos ni morales, una forma perfecta, y sus defectos y fracasos pueden ser rápidamente enumerados. Pero su grandeza y su utilidad práctica descansan en su infatigable tarea de involucrar al lector en la vida moral, invitándolo a someter sus propios motivos a examen, sugiriendo que la realidad no es así como su educación convencional le ha llevado a verla. Como ningún otro género, la novela nos enseñó la medida de la variedad humana y el valor de esta variedad.

Al mostrarnos cómo y por qué podemos cultivar una actitud de distancia autorreflexiva con respecto a nosotros mismos y a las presuposiciones normativas ambientales de nuestras culturas, la novela puede enseñarnos cómo ser mejores ciudadanos y, en primer lugar, por qué podríamos querer ser mejores ciudadanos. En la construcción de Trilling, la forma nos persuade de que seamos liberales, al emplear los propios métodos liberales y al generar eso que, siguiendo a William James, podemos llamar la «emoción» del «consentimiento».

The Way We Argue Now, libro escrito por Anderson en 2005 sobre, como reza su subtítulo, las «culturas de la teoría, derivaba su título del canon de las colosales novelas sociales victorianas, haciéndose eco de *The Way We Live*

Now [*El mundo en que vivimos*, Barcelona, 2014] de Trollope. El juego de palabras es significativo. La palabra que emplea Trollope, *live* [vivir], continúa resonando detrás de la que escribe Anderson, *argue* [discutir], sugiriendo que la discusión podría ser un modo de vida, y dando una pista sobre la tesis más fuerte que Anderson se disponía a defender a continuación en el libro, a saber: que la «ética siempre precede a la epistemología, en la medida en que la pregunta “cómo debería vivir” precede a la determinación de cualquier proyecto epistemológico». Anderson traduce esta tesis al lenguaje aristotélico del «*ethos*» y el «carácter», y su versión de la cultura contemporánea de la discusión propone extraer «el interés caracteriológico» o la «imaginación novelística de teorías particulares».

La secuela de Anderson, después de Trollope, continúa con Dickens, derivando su título y su epíteto organizador de *Bleak House* [*Casa desolada*, Mataro, 2007]. El adjetivo debería ponernos en guardia. Pues «desolada» bien podría añadirse al elenco de términos victorianos que, según Franco Moretti, traducen un atributo físico a un registro emocional al hacerlo, oscurecen el discernimiento y el juicio en una «niebla» epistémica —lo que da pie a Moretti para uno de los capítulos de su obra *The Bourgeois* (2013) [*El burgués*, México DF, 2014]—. Anderson promete hacer desaparecer la caricatura del liberalismo, que representa una concepción demasiado «superficial» de la sociedad, por la vía de mostrar lo «densas» que son sus formas imaginativas y afectivas en la ficción que ella se dispone a explorar. Pero, tal y como las nieblas nos recuerdan, el «espesor» puede atenuar la iluminación tanto como reflejarla. La textura de las descripciones que hace Anderson del liberalismo está marcada por una recurrente insistencia en términos como «vida», «lo vivido», o «densidad experimental». Sin embargo, sus apelaciones al *ethos* en *The Way We Argue Now* son una especie de callejón sin salida retórico: «la vida» no parece ser la vida particular de nadie, las experiencias están desprovistas de detalle y de especificidad deíctica, y la prosa del libro evita en todo momento caer en cualquier registro autobiográfico o personal.

Como espacio de personajes, *The Way We Argue Now* estaba poblada principalmente por parejas estilizadas en plena disputa filosófica. *Bleak Liberalism*, por el contrario, tiene un protagonista central, aunque esquivo —el «carácter» del liberalismo—, evocado mediante sinédoques y citas bien escogidas, acompañadas por un elenco de personajes reales menores. La historia del liberalismo político, según parece, es el preludio de una crítica literaria renovada: el trasfondo del que puede resurgir el adjetivo «liberal», para ser reclamado por su legítimo propietario, el crítico literario y para permitir que el verdadero tema del libro de Anderson, la «estética liberal», pueda ser articulado. La segunda parte del libro está estructurada como una serie de supuestos prácticos, ejemplos de novelas que encarnan esta estética, divididos a su vez por subgénero en ensayos contextuales. Cada

ensayo revisa su grupo de novelas de forma lineal, ordenándolas de forma cronológica por fecha de publicación, pero analizándolas desde el punto de vista de su tipología y no de forma historiográfica. En este relato, la tensión moral que se supone que honra a un liberalismo político consciente de sí mismo —entre las pretensiones del principio normativo y las trampas de la falibilidad humana— se corresponde, según se nos revela, con una serie de tensiones formales que se dan en la novela realista: así, la relación entre las perspectivas narrativas de la tercera y la primera persona en *Bleak House* de Dickens, o los destinos contradictorios de un determinado personaje en los múltiples finales de *The Golden Notebook* [*El cuaderno dorado*, Madrid, 2008] de Doris Lessing, cada uno de los cuales imparte las mismas lecciones. Tal y como lo expone Anderson en su párrafo final:

En último término, *The Golden Notebook* puede considerarse que representa un liberalismo desolado, caracterizado por una versión de la posición dual que marcó *Bleak House* más de un siglo antes, y que se ha puesto de manifiesto en toda una serie de textos examinados en este libro, textos que han tratado de navegar los polos de la crítica y de la aspiración.

Si el personaje central del relato de Anderson es la estética liberal en sus sucesivas encarnaciones, este solo llega a existir a través de los personajes menores que lo sustentan. Su argumentación, en este sentido, adopta la forma, esencialmente, de la sinécdoque capciosa, que consiste en arrancar un breve episodio o pasaje de una novela concreta para ilustrar el escarmentado liberalismo de su autor, con independencia del peso o del lugar que ocupe el fragmento en la estructura de la obra en su conjunto. Así, *Bleak House* se sostiene sobre el exiguo punto de una invocación al barrendero analfabeto Jo; *The Way we Live Now*, en una carta del banquero judío Bregbert; *North and South*, de Elisabeth Gaskell [*Norte y Sur*, Barcelona, 2016], en una observación perdida de Thornton a un diputado; *Middlemarch*, de George Eliot [*Middlemarch*, Madrid, 2016], en la sublimación de Will Ladislaw de los asuntos públicos, como tanta epifanías humanas que permiten ignorar el objeto de la novela en su conjunto, que, en cualquier caso, es bastante conservador, incluso para los estándares de la época. Con frecuencia, el valor y la significación de cada obra se localizan en personajes secundarios marginales con respecto al relato principal: el médico Woodcourt en *Bleak House*, el trabajador que odia las huelgas, Stephen, en *Hard Times* [*Tiempos difíciles*, Madrid, 2013], el irritable Will en *Middlemarch*, o el antiguo comunista Paul —otro médico— en *The Golden Notebook*. Es sintomático que, en su construcción discursiva y en sus reflexiones sobre ficción, *Bleak Liberalism* no solo obvie el «liberalismo económico clásico», sino directamente la economía como tal: el análisis de *The Way We Live Now* se desarrolla sin mencionar siquiera ese «elefante en la habitación» que es la crisis financiera.

Pero el mensaje que trasciende de esta procesión de actores secundarios es claro. Por un lado, hay un trabajo que hacer, admirable y constructivo, en materia de mejoras graduales e irregulares: se puede trabajar por un servicio de salud a escala local, luchar por la ampliación del sufragio o ingresar en el Partido Laborista. Woodcourt, Will y Paul ilustran la vocación socialmente responsable del liberalismo desolado, prueba de lo equivocado que es acusar al liberalismo pasado o presente de falta de energía reformista. Y, por otro lado, la resignación de Stephen ante la explotación y la muerte confirma la lúcida visión existencial del liberalismo desolado, según la cual la naturaleza de la condición humana constituye de por sí una prueba contra el remedio político simplista. Anderson juega sistemáticamente en los dos campos. Al principio explica que: «Bien entendido, el liberalismo puede parecer que abarca, y no simplemente que revela ocasionalmente, las barreras psicológicas, sociales y económicas a sus propios ideales morales y políticos». En la práctica, «revelación ocasional» es con bastante exactitud todo lo que ofrece su discusión en torno a los sucesivos escritores. Por lo que respecta a las «barreras», tanto sociales como económicas, el liberalismo o la socialdemocracia, que aquí son tratados como si fueran básicamente lo mismo, las abordan aplicando «reformas graduales a las instituciones o a los Estados democráticos existentes, así como mediante diversas ampliaciones de los principios de justicia y acceso».

Pero, ¿qué hay de las barreras «psicológicas»? En este punto, lo que aporta el liberalismo desolado es el sentido dickensiano de «la fuerza mayor del destino universal», o, en el caso de Trilling, «el escarmentado reconocimiento de los límites de la aspiración humana, los cuales no son solo de orden natural, como la enfermedad y la muerte, sino que también traen causa del hecho de la agresión y la violencia, que en Reinhold Niebuhr adopta la forma de pecado», el *pathos* redentor de la tribu. Tanto en un caso como en el otro, lo que este liberalismo no tolera es la equivocada creencia de que «el daño irradia de, es causado por el sistema capitalista, cuyos efectos negativos derivan de formas de producción, de intercambio y de trabajo». Capitalismo: un término que muy rara vez aparece en el texto y, en realidad, ¿por qué hablar siquiera de un *sistema*, con el riesgo de dar a entender una necesidad de cambios estructurales en lugar de parciales? Los términos correctos aparecen ya en *North and South*, cuyos personajes confrontan no la lucha de clases o las contradicciones del capital, sino «los desafíos que acompañan a la modernidad democrática emergente».

Compuesto, al igual que su antecesor, de ensayos que originalmente se publicaron de forma independiente, *Bleak Liberalism* es un producto escueto pero no carente de importancia. Aunque ensalza el liberalismo de la Guerra Fría no resucita su tono, manteniéndose atemperado y rehuyendo la polémica de principio a fin. Aunque lo intenta, Anderson no logra despegar su

objeto de estudio preferido de su repelente contrapunto: el epíteto «desolado» se aplica mucho más fácilmente a las descarnadas disciplinas del neoliberalismo, cuya segunda palabra es hoy siempre «austeridad», que a la homeopatía suavemente reformista que la autora recomienda. Sin embargo, al tratar de reintroducir la política, por muy limitada o abstracta que sea la forma de hacerlo, en el árido paisaje de la crítica literaria recibida de hoy en día, Anderson insinúa un paso en la buena dirección.